

llidara á sus guerreros, y tomando los ciudadanos las armas, comenzara la guerra que á todo trance se pretendía evitar. Sabían, es verdad, que la etiqueta retenía casi aislado al monarca en sus retirados aposentos; pero al salir á los patios ó en las calles podía traslucirse la verdad y comenzar el alboroto. Quedó concertado definitivamente, "con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alterase ó diese voces, que lo pagará su persona." (1) El plan era arriesgado, aunque expeditivo.

Tan sin fundamento justificado se emprendía el paso, que para engañar la propia conciencia, ó para darle visos de un hecho motivado, D. Hernando buscó un pretexto, siquiera especioso y traído de lejos. Este le suministró la muerte de Juan de Escalante. (2) Como recordaremos, este capitán había quedado en la Villa Rica, con ciento cincuenta de los soldados ménos útiles, entendiéndose en la construcción de la fortaleza y á la mira de cuanto por el mar se presentara. Poco después de internados los castellanos rumbo á México, Cuauhopoca, señor mexicano, jefe de la guarnición imperial de Nauhtlan, envió mensajeros á Escalante, diciéndole, deseaba darle la obediencia; pero teniendo que atravesar tierras de enemigos y no queriendo de ellos ser ofendido, le enviara cuatro españoles para servirle de salvaguardia en el camino. Envíole el capitán los cuatro hombres, mas cuando Cuauhopoca les tuvo en las manos, fingiendo no ser él autor, mandó darles muerte, pereciendo solamente dos, pues los otros dos huyeron heridos á las montañas. Sabedor de aquella perfidia, Escalante salió de la Villa Rica con cincuenta castellanos, dos de á caballo, dos tirillos de artillería y ocho ó diez mil aliados; se dirigió á Nauhtla, derrotó á los enemigos, quemó y destruyó la población, en tanto Cuauhopoca y los señores sus parciales se salvaron por medio de la fuga. De los prisioneros tomados en Nauhtla, supo Escalante, como Motecuhzoma había dado orden á Cuauhopoca y á los demás señores, para que luego que los castellanos dejaran la Villa Rica, fuesen sobre los pueblos rebeldes para reducirlos á la obediencia, poniendo todos los medios para ma-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cartas de relac. pág. 84.—Gomara, Crón. cap. LXXXIII, dice acerca de esto: "la ocasion y achaque que para ello tuvo fué la muerte" &c.

tar á los castellanos. Tal es la relación del hecho por D. Hernando, quien dice haber recibido la noticia por carta del capitán, estando aun en la ciudad de Cholollan. (1) No sabemos atinar en la manera puesta en práctica por Escalante para darse cuenta de la verdad de los acontecimientos, careciendo, como carecía, de intérpretes totonacas y nahoas.

Encontramos otra versión distinta. (2) Cuauhopoca, jefe de la guarnición mexicana de Nauhtla y Tochpan, (3) exigió bastimentos y pidió el tributo á los pueblos comarcanos; ambas cosas rehusaron los rebeldes totonaca, diciendo estar ya sujetos á los castellanos, y como tales quedar exentos de pagar pecho á México; insistió en su demanda el jefe imperial, añadiendo la amenaza, caso de resistencia, de venir á destruir las poblaciones. Intimidados los totonaca, ocurrieron con su queja á Juan de Escalante, quien envió mensajeros á los mexicana para intimarles, no hicieran ofensa á los pueblos sus aliados. Cuauhopoca despreció el mandamiento, retando á los castellanos para el campo de batalla. Escalante salió á campaña con dos tiros pequeños, tres ballesteros, dos escopeteros, cuarenta peones de los más sanos y unos dos mil totonaca; al cuarto del alba dió con los mexicana en un pueblo que á la sazón estaban robando, trabándose una récia pelea; al primer encuentro, los aliados se pusieron en fuga dejando solos á los castellanos, mas éstos pelearon muy bravamente hasta desbaratar á los mexicana, tomar á Nauhtla, quemarla y destruirla. La victoria costó cara; Escalante salió mal herido, le mataron su caballo, y otros seis castellanos fueron igualmente lastimados. El capitán permaneció poco tiempo en Nauhtla, retornando en seguida á la Villa Rica.

En la batalla, los mexicana cogieron vivo á un Argüello, natural de Leon, quien traído para México, murió en el camino, de las heridas; cortáronle la cabeza, y ésta trajeron á enseñar al emperador. El castellano tenía la cabeza grande, el pelo y las barbas negras y crespas, el gesto sañudo, y con la palidez y contracción de la muerte y las manchas de sangre, el despojo era feo é infundía miedo.

(1) Cartas de relac. pág. 82-84.

(2) Bernal Díaz, cap. XCIV.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XLVIII.

(3) Nauhtla, hoy llamada por los castellanos Almería. Tuzapan de Bernal Díaz, Tochpan, ahora Tuzpan: ambos en el actual Estado de Veracruz.

Miróle Motecuhzoma con espanto; era el primer castellano muerto visto por sus ojos, y en aquellas rígidas facciones reconoció á los hombres blancos y barbudos, ofrecidos en las antiguas profecías: quedaba convencido de no ser inmortales los extranjeros, mas tenía-los todavía por divinos, por su naturaleza y valentía, supuesto no haber podido ser vencidos en tan corto número. Horrorizado hizo le quitaran de la vista aquella reliquia, mandando no se pusiera en templo alguno de la ciudad, sino en otro distante. (1) Todo esto había acontecido antes de la entrada de los castellanos en México.

Encontrado el pretexto, tomada la resolución, pareció á todos tan peligroso llevarlo á cabo, que "toda la noche estuvimos con el padre de la Merced, rogando á Dios que lo encaminase para su santo "servicio." (2) Al día siguiente, señalado para la empresa, lunes catorce de Noviembre, á la cuenta de Cortés, ó sean seis días después de aposentados los castellanos en la capital, algunos tlaxcaltecas y españoles informaron al general, estar disponiéndose Motecuhzoma para la guerra, á cuyo intento pensaba poner por obra quebrar las puentes de las calles. (3) Iba esto conforme con las aseveraciones de los soldados, asegurando se desvergonzaban los mayordomos no trayendo tan cumplidos mantenimientos como antes, y con las de los tlaxcalteca haciendo entender notaban ciertos aprestos hostiles. Muy temprano, además, llegaron secretamente dos indios de Tlaxcalla, trayendo una carta, en la cual el comandante de la Villa Rica participaba, haber muerto Juan de Escalante y otros seis soldados de resulta de sus heridas, á consecuencia de lo cual, si antes los tenían por dioses, ahora conocen ser mortales y poder ser vencidos, por cuya causa se les descomiden así mexicana como totonaca, les pierden el respeto, y no saben cual remedio tomar. La noticia en realidad era alarmante; indispensable se hacía tomar pronto remedio.

(1) Bernal Díaz, cap. XCIV.

(2) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(3) Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85 MS.—A este propósito escribe: "Y hablando según una carta original, que tengo en mi poder, firmada de los tres cabezas de la Nueva España, en donde escriben á la magestad del emperador nuestro señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mexicanos de esto y de lo demás que se les arguyó, que lo cierto era, que fué invención de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles, que no veían la hora de salirse, de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habían venido á sus manos."

"En fin de más razones fué acordado que aquel mismo día de una manera y de otra se prendiese al Montezuma, ó morir todos sobre ello." (1)

Al efecto, el ejército entero se puso sobre las armas, quedaron ensillados y enfrenados los caballos, la artillería á punto. Pedida licencia á Motecuhzoma para visitarle, y obtenida, Cortés se dirigió al palacio con los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de Leon, Francisco de Lugo y Alonso de Avila, todos cubiertos con sus armas; en las encrucijadas de las calles colocáronse disimuladamente pelotones de peones, mientras otros, de dos en dos, ó de tres en tres, como paseantes curiosos se dirigían al palacio mismo, apostándose en las puertas y patios, procurando no causar sospecha alguna.

Como de costumbre, el emperador se adelantó en su sala á recibir á Cortés y á sus capitanes, conduciéndolos al estrado para darles asiento. Por medio de los intérpretes Aguilar y Marina se empeñó la conversacion hablando de cosas indiferentes, risa y placer; el dadivoso monarca obsequió á sus huéspedes con joyas de oro, como siempre hacía, y para estrechar sus relaciones con los blancos, á ejemplo de lo ejecutado por los totonaca y de Tlaxcalla, dió una de sus hijas por esposa á Cortés, y otras hijas de señores á los capitanes presentes. (2) Admitidos los dones, cuando el general calculó estar cumplidas sus órdenes y en sus puestos los soldados, tomando un aire severo se dirigió al emperador diciéndole, "ya estoy informado de lo acontecido en Nautla y de los españoles que allá han sido muertos; Cuahpopoca, autor del daño, ha dicho no haberlo podido excusar, pues fué por mandato vuestro, yo no lo creo así, y sin duda lo dice Cuahpopoca para disculparse; paréceme que debéis enviar por él y por todos los señores culpados en aquellas muer-

(1) Bernal Díaz, cap. XCIII.

(2) Cortés, cartas de relac, pág. 85. D. Hernando no dice una palabra acerca de si aceptó ó nó la dádiva de la hija del emperador: juzgamos haber aceptado, así porque en aquellos momentos procuraba captarse la voluntad del monarca, como por su conducta posterior. Gomara Crón., cap. LXXXIII, dice que la tomó porque no fuera afrenta á Motecuhzoma, "mas díjole que era casado y que no la podía tomar "por mujer, ca su ley de cristianos no permitía que nadie tuviese más de una mujer, "so pena de infamia y señal en la frente por ello."—Adelante volveremos sobre este punto, cuando de ello haga mención Bernal Díaz.

tes, para saber la verdad y castigarlos, á fin de que mi rey sepa vuestra buena voluntad, y no sea que por el dicho de estos malos en lugar de las mercedes que os mandaría hacer, le provoquen á ira y os mande hacer daño. (1) Al oír semejante acusación, Motecuhzoma quedó aterrado, respondiendo no haber mandado tal cosa, ni haber nunca dispuesto tomasen armas contra los blancos, en prueba de lo cual inmediatamente iba á mandar traer á los guerreros acusados, inquiriría la verdad y castigaría á quien resultara con culpa. Uniendo á la promesa el efecto, llamó á ciertos nobles de su servidumbre, á quienes entregó el sello real que al brazo tenía atado, mandándoles fuesen luego á Nauhtla, trajesen á Cuahpopoca y á cuantos hubiesen sido en la muerte de los castellanos, y si resistiesen los tomasen por fuerza, acudiendo á las guarniciones de las provincias cercanas. (2)

Dada satisfaccion tan cumplida y pronta, parecía no quedar motivo alguno para pasar adelante; pero salidos apenas los mensajeros, D. Hernando se encaró de nuevo al monarca, diciéndole: os agradezco la diligencia que poneis en la prision de esos malos, porque yo tengo de dar cuenta á mi rey de los castellanos; mas para darla, es preciso que os vayais conmigo á mi posada, hasta tanto la verdad se aclare y se sepa ser sin culpa vuestra; os ruego no recibais por ello pena, porque no vais como preso, sino con toda vuestra libertad, sin poner os impedimento en vuestro mando y señorío; escoged cuarto en mi aposento, pues ahí estareis á vuestro placer, y ninguno os dará pena ni enojo, y ántes bien, los de mi compañía os servirán en cuanto mandáreis. (3) Indignado Motecuhzoma á semejantes palabras, respondió con entereza: "No es persona la mía para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrirían." (4) Siguió la porfia, rogando ahincadamente los blancos, resistiendo con obstinacion el monarca. La conferencia se había prolongado

(1) Cartas de Relac. en Lorenzana, pág. 85.

(2) Acerca del sello real, Cortés, pág. 85, dice: "una figura de piedra pequeña, á manera de sello, que él tenía atado en el brazo."—Bernal Díaz, cap. XCV: "y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave é de peso para que se cumpliese."—Ixtlilxochitl, cap. 85: "y se quitó del brazo una rica piedra donde estaba esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real)"

(3) Cortés, cartas de relac., pág. 86.

(4) Relac. de Andrés de Tapia, apud García Icazbalceta, pág. 579.

por cuatro horas, é impaciente al cabo Velázquez de Leon, con rostro fiero se volvió á D. Hernando diciéndole: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso, ó le daremos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le matareis: porque más vale que desta vez asegurémos nuestras vidas ó las perdamos." Motecuhzoma no entendió aquellas frases, mas en el tono de la voz y en los gestos comprendió la amenaza, y preguntó á Marina cuál cosa había dicho el enojado capitán: la india le tradujo el discurso, añadiendo de propia cosecha: "Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo se que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad." Motecuhzoma tuvo miedo, conocía capaces á los blancos de cumplir cuanto en aquella línea ofrecían; sin defensa alguna estaba en manos de sus huéspedes; inútil sería el socorro que pidiera, pues más cerca estaban los aceros castellanos; preciso era resignarse queriendo salvar la vida. Bajo la impresion del miedo insistió, diciendo á Cortés: "Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas lejitimas; tomadlas en rehenes, y á mí no me hagais esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" A lo cual respondió el general: "Vuestra persona ha de ir con nosotros y no ha de hacerse otra cosa" (1) A tan perentoria réplica el monarca inclinó la cabeza agobiado por su fatal destino, ofreciendo ir al cuartel. Entonces le colmaron de caricias los blancos, reiterándole los ofrecimientos de consideracion y buen trato; previniéronle sí, dijese á los suyos tomaba esta resolucion por mandato de Huitzilopochtli y consejo de los papas, que aquietase á los capitanes y soldados de su guardia y sosegase el alboroto del pueblo, siempre con la indicacion de irle en todo ello la vida. A cosa de las tres de la tarde pidió el monarca sus andas, trajéronlas los nobles silenciosos y llorando, pusieron en ellas á su amo, y custodiados por los blancos siguieron tristemente por las calles, entrando al fin en el palacio de Axayacatl. Dió el pueblo síntomas de alarma, sosegada pronto por orden del emperador. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.

(2) Cartas de relac. pág. 85-86.—Bernal Díaz, cap. XCV.—Oviedo, Hist. de las Ind. lib. XXXIII, cap. VI.—Relacion de Andrés de Tapia, pág. 579.—Gomara,

Moteczuhzoma había dejado de ser rey, salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidios, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningun rey de los victoriosos de México se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias, preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Moteczuhzoma es una figura innoble. Repetidas veces por medio de los embajadores prometiéndole Cortés pagarle sus favores "con buenas obras;" con creces le cumplió la palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta superchería la aceptaba como agudezas del ingenio. La prision de Moteczuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita. (1)

La ciudad dió síntomas de amotinarse, mas como el monarca mandara sus emisarios con órdenes á todos de permanecer tranquilos, reapareció aparentemente la calma, si bien desde entónces quedaron perturbados los ánimos. Moteczuhzoma fué aposentado en el cuartel en una vivienda cercana á la de Cortés, la cual fué decorada como el palacio estaba, siguiéronle sus mujeres y servidores, trayéndole ademas cuanto podía hacerle falta por estar á ello acostumbrado. Cortés y los Castellanos le hacían comedimientos, tratándole en manera de darle placer; le acompañaban sus palaciegos, y le veían cuantos querían, pues las puertas de la prision estaban francas. Muchas veces sus parientes y principales nobles le consultaron para sacarle de ahí, á lo cual respondía, haber determinado por su volun-

Crón. cap. LXXXIII.—Herrera, Hist. General, déc. II, lib. VIII, cap. III.—Torquemada, lib. IV, cap. L.—Ixtilxochitl, Hist. Chichim. cap. 85 MS.—Clavijero, Hist. antigua, tom. 2, pág. 71 y sig.

(1) "Puesto que otras veces hablando con él en México en conversacion, diciéndole yo con qué justicia y conciencia había preso aquel tan gran rey Moteczuma y usurpádole sus reinos, me concedió al cabo de todo y dijo: *Qui non intrat per ostium fur est et latro*. Entónces le dije á la clara, con palabras formales; "Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca," y despues todo se pasó en risa, aunque yo lo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado." Casas, Hist. de las Ind. lib. III, cap. XCVI.—Las palabras latinas pronunciadas desenfadadamente por Cortés quieren decir.

tad permanecer algunos dias con los blancos, que por ello no se enojasen ni insurreccionasen, pues aquella era la voluntad de Huitzilopochtli, á él comunicada por los papas que con el dios lo habían hablado. Poco se resintieron la etiqueta de la corte y el servicio personal del monarca. Recibía á los embajadores de las provincias, dirimía los casos de justicia, daba consultas á los sacerdotes y magistrados, obrando en todo cual si estuviera en el libre ejercicio de su autoridad. Solo que guardias vigilantes le acechaban de continuo haciendo imposible su evasion; velaba delante del palacio Andrés de Monjaraz con sesenta peones, mientras Rodrigo Alvarez Chico cuidaba el lado opuesto con igual número de soldados, los cuales se mudaban haciendo sus cuartos de veinte en veinte. Los indios procuraban poner en salvo á su señor horadando las paredes y poniendo en práctica algunas estratajemas. (1)

Quince ó veinte dias despues de la prision del emperador, es decir, hácia principios de Diciembre, llegaron á México los comisarios de Moteczuhzoma, trayendo á Cuauhpopoca, al hijo de éste y quince nobles más: aquel jefe, señor de Coyohuacan, entró en la ciudad sobre unas andas llevadas á hombros de sus vasallos, y acompañado de muchos nobles: llegado á la puerta del cuartel se bajó del vehículo, se descalzó, cubrió sus vestidos con una manta burda de nequen, y esperó á ser llamado; introducido á la presencia del monarca le dijo: "Muy grande y muy poderoso señor mio, aquí está tu esclavo Cuauhpopoca que has mandado venir, mira lo que ordenas, porque tu esclavo soy y no podré hacer otra cosa que obedecerte." Moteczuhzoma respondió con serenidad: "que lo había hecho mal en matar sobre seguro á los castellanos y decir que él lo había mandado, y que así sería castigado como traidor á los hombres extraños y á su rey." Quiso el reo disculparse, mas sin ser escuchado fué puesto con sus compañeros en manos de Cortés. (2)

D. Hernando mandó poner en prisiones á los culpados, y procediendo en su pesquisa preguntó á Cuauhpopoca si era vasallo de Moteczuhzoma; el guerrero contestó tranquilo: "¿Pues hay otro señor en el mundo de quien poderlo ser?" Aquella franca respuesta

(1) Bernal Díaz, cap. XCV.—Cartas de relacion, pág. 86.—Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. III.

(2) Herrera, déc. II, lib. VIII, cap. IX.